

## LOS ACONTECIMIENTOS DEL AFRICA ORIENTAL

El año 1964 se ha iniciado con una serie de convulsiones en diversos lugares de Africa. De entre esos acontecimientos, todos ellos de indudable gravedad por su carácter sintomático, los que han revestido mayor trascendencia son los que tuvieron por escenario la región oriental del Continente.

La revolución de Zanzíbar produjo ansiedad y conmoción. Los sangüinarios caracteres que ha revestido no han sorprendido, porque Zanzíbar ha sido, siempre, una isla turbulenta. Recordamos que en los disturbios de junio de 1961 los actos de violencia entre los afiliados a los dos partidos más importantes, el Afro-Shirazi y el Nacionalista, produjeron 61 muertos y obligaron a declarar el estado de emergencia. La presencia de tres razas (negra, árabe e hindú) y, por lo menos, tres religiones, complica extraordinariamente las cosas en el Estado más pequeño de Africa, que sólo tiene 2.642 kilómetros cuadrados y alrededor de 260.000 habitantes. El Hizbul-Watan, partido de la burguesía árabe, sólo podía mantener su prestigio mientras reinase el sultán Jamshid bin Abdullah, quien, para afirmarse ante las nuevas corrientes, se había declarado socialista. Cuando fue proclamada la independencia, el 10 de diciembre del pasado año, el sultán anunció en su discurso que el país «espera resolver los grandes problemas que se le plantean con la ayuda de sus compañeros de la Commonwealth». Aspiraba a crear un «Estado próspero, fuerte y democrático». Pero sus proyectos quedaron frustrados cuando, el 13 de enero pasado, un grupo de rebeldes se apoderó de los centros de policía, aeropuerto, emisora de radio y la central de comunicaciones—en un golpe tan perfectamente estudiado y ejecutado que denota haber sido preparado en el exterior—y establecía un «Gobierno revolucionario».

El jeque Abeid Amani Karume, jefe del partido Afro-Shirazi, se proclamaba presidente de la República, y en el nuevo Gobierno era nombrado mi-

nistro del Interior un destacado agitador, Abdul Rahman Mohamed Babu, bien conocido por sus concomitancias comunistas. El Gabinete constituía una coalición de los partidos Afro-Shirazi y UMMA, que había sido prohibido por el depuesto sultán. El mando de los insurrectos lo ostentaba un albañil, originario de la tribu Luo de Kenya, John Okello, educado en las escuelas de terrorismo cubanas, que se autoproclamó «mariscal». La revuelta revistió caracteres particularmente odiosos: fusilamientos en masa, ministros ahorcados y despedazados, dirigentes políticos quemados vivos, millares de casas incendiadas por orden del «mariscal», que exigió, en una histriónica proclama, que los habitantes de las aldeas que visitaba le recibieran de rodillas y rozando el suelo con la frente. Fueron las mayores jornadas de terror que ha vivido el Africa subsahariana contemporánea. Aunque los datos son imprecisos, los más calificados observadores calculan que el número de asesinatos cometidos varía entre los 5.000 y 10.000, es decir, entre un 2 y casi un 4 por ciento de la población, lo que indica su monstruosidad.

Lo significativo del caso es que las víctimas de esta «cólera antiimperialista» no fueron los 300 residentes británicos y tampoco las 40 familias norteamericanas que allí habitaban, sino los miembros del partido nacionalista, árabes e indios, Hizbul-Watan. Este partido había logrado, en las últimas elecciones, el 46 por ciento de los votos emitidos, mientras que los afroshirazis, negros, obtenían el 54 por ciento. Las cifras demostraban que los votos se habían emitido según la raza, pero las complejidades del reglamento electoral, estudiado precisamente para que la minoría se transformase en mayoría, concedía a los primeros 18 escaños, mientras que el afroshirazi sólo ocupaba 13 escaños. Si la Constitución, que había sido aprobada en Londres el pasado septiembre, admitía semejante anormalidad, cabía discrepar de ella y tratar de que fuese enmendada utilizando los cauces legales que tiene toda oposición, pero Zanzíbar, como otros muchos países africanos a los que la Organización mundial ha concedido su ingreso como miembros por considerarlos demócratas químicamente puros, escogió el camino más adecuado a su temperamento y a su falta de madurez: el deguello de todos los adversarios políticos que eran, al propio tiempo, y esto es sintomático, asiáticos.

No cabe sino insistir en este aspecto de la cuestión. La solidaridad afroasiática que se exhibe en los comicios internacionales dista mucho de responder a una realidad viva y operante. En cuanto han tenido ocasión de demostrar tal fraternidad, los negros de Zanzíbar han eliminado a todos cuan-

tos asiáticos han podido. Más tarde, en Tanganyka, los soldados amotinados saquearían los comercios indios de Morogoro y Tolito. En un trabajo nuestro reciente («Kenya, en el panorama del Africa oriental», núm. 68 de esta Revista), planteábamos esta realidad y pronosticábamos un negro porvenir a los indios de Kenya, cuyas predicciones, si no se han cumplido, ha sido debido a la rapidez de la intervención británica. Pero esos tristes presagios se han visto colmados, ya, por el salvajismo de las matanzas de Zanzíbar.

La orientación de la revolución, quizá debido a la influencia de Babu y Okello, fué francamente comunista. Las cinco naciones que se apresuraron a enviar su reconocimiento al nuevo régimen fueron la China Popular, Yugoslavia, Corea del Norte, la Alemania de Pankow y la Unión Soviética. Los ingleses y americanos fueron expulsados y cuando, el 27 de enero, se temió que Londres planease una intervención en la isla, el Ministerio soviético de Asuntos Exteriores previno a la Gran Bretaña declarando que «cualquier acción violenta contra la soberanía de la República Popular de Zanzíbar y Pemba, por parte de aquellos que se niegan a renunciar a sus antiguos privilegios coloniales, constituiría un acto internacional de iniquidad que entrañaría peligrosas consecuencias».

Esta primitiva orientación, francamente inclinada a transformar a Zanzíbar en un satélite comunista africano, parece haber experimentado alguna modificación, no en virtud de maduras reflexiones, sino debido a esa lacra que impide todo intento de unidad africana: las rivalidades personales. Poco después del triunfo de la revolución, el «mariscal» Okello intentó hacerse proclamar presidente de la República desplazando a Karume. Este supo maniobrar y a los pocos días Okello era expulsado de Zanzíbar. Poco después, Mohamed Babu marchó a Pekín a celebrar conversaciones—y posiblemente a recibir instrucciones para la implantación del comunismo integral—y en el intervalo, Karume se entrevistó con el presidente de Tanganyka, Nyerere, acordándose la fusión de ambos Estados. En el nuevo Gobierno de la República Unida, Babu ha sido relegado al puesto de ministro del Ejecutivo de Planificación, bajo la inmediata superioridad de Nyerere. Así, de tal forma, los dos puntales de la penetración bolchevique en Zanzíbar se han visto excluidos del mando directo, lo que puede producir, en el futuro, una mejoría de la situación en toda el Africa oriental, la región del Continente más directamente amenazada por la penetración comunista y evidentemente destinada a servir de cabeza de puente para una irrupción general.

Que el clima revolucionario estaba peligrosamente extendido en esa zona, resulta obvio después de conocer los graves incidentes que se produjeron inmediatamente después en los países circundantes.

En la noche del 19 de enero se sublevaban en Tanganyka los 800 hombres del primer batallón del Ejército, cercando el palacio presidencial y haciéndose con el control de Dar Es Salam y sus 129.000 habitantes. Como consecuencia de los encuentros habidos, resultaron muertas 17 personas y más de un centenar de heridos. Treinta oficiales británicos, sus esposas e hijos, fueron detenidos por los rebeldes y expulsados. El motivo alegado para esta sublevación fué el del bajo nivel de las pagas percibidas y el deseo de que fuesen licenciados los oficiales británicos que continuaban en el Ejército tras la independencia de Tanganyka. El 22 de enero, después de casi setenta y dos horas de aislamiento dentro de su residencia oficial, el presidente Nyerere verificó un recorrido por la capital. Los amotinados regresaron a sus cuarteles y la policía, adicta al Gobierno, se hizo cargo de la vigilancia de las calles. Nyerere pronunció una alocución radiodifundida condenando los sucesos mediante los cuales «buscaban una oportunidad para penetrar en las casas y robar», según dijo. Con la llegada de los comandos británicos, a petición suya, se consolidó la situación de Nyerere, que ordenó el desarme de las tropas amotinadas. La medida empezó a cumplirse el 27 de enero y ese mismo día anunciaba que había convocado a la O. U. A. (Organización de Unidad Africana) para que celebrase una reunión en Dar Es Salam discutiendo los «graves peligros» creados por las revueltas militares en África oriental.

El 23 de enero se amotinaban varias unidades de Infantería destacadas en Camp Jinja, en Uganda. El pretexto para la insubordinación era el mismo que se había alegado en Tanganyka: la insuficiencia de los sueldos y el deseo de ver sustituidos a los oficiales británicos. Ante el curso de los acontecimientos, el jefe del Gobierno, Milton Apollo Obote, solicitó el urgente envío de tropas británicas para hacer frente al motín. Atendiendo a su demanda, fuerzas estacionadas en Kenya fueron trasladadas inmediatamente por vía aérea con dirección a Kampala. El día 24 las tropas británicas entradas en Uganda aseguraban el control del aeropuerto y de algunos puntos estratégicos de la capital. Su presencia bastó para restablecer inmediatamente el orden. Al propio tiempo, Obote radiaba una alocución dirigida a la población diciendo que, dada la rápida normalización de la situación, la presencia de las tropas británicas no sería precisa mucho tiempo. Con estas decla-

raciones trataba de calmar las críticas que le habían formulado algunos dirigentes del Congreso Popular de Uganda, su propio partido, por haber apelado a las tropas británicas debido a un motivo tan nimio como era la demanda de un aumento de sueldo. Otros dirigentes rivales le acusaban de tratar de aprovecharse de la situación para establecer su dictadura personal. El 27 de enero se anunciaba en Kampala que dos compañías de fusileros habían sido disueltas y sus hombres licenciados por haber intervenido en el motín.

El 23 de enero, el Gobierno de Kenya, alarmado ante los acontecimientos ocurridos en Tanganyika y en Uganda, solicitaba de la Gran Bretaña el envío de tropas para hacer frente a una posible sublevación. Jomo Kenyatta había participado al alto comisario británico en Nairobi su inquietud en el caso de que los disturbios ocurridos en los otros países se extendieran a Kenya y apelaba a las fuerzas británicas para mantener la ley y el orden en caso necesario. Los temores de Kenyatta no carecían de fundamento, porque cuarenta y ocho horas después, los soldados del 11 batallón de Fusileros de Kenya, estacionados en Nakuru, se amotinaron y su ejemplo fué seguido por el 3.º batallón, estacionado en el campo de Legata, al decidir la desobediencia a los oficiales británicos. La Gran Bretaña, mediante un puente aéreo, trasladaba a Kenya 800 hombres del 31 comando de la Marina Real. Otro grupo de comandos salió de la base de Lyneham hacia Nairobi, donde procedió a ocupar los lugares estratégicos y a efectuar el desarme de los revoltosos.

\* \* \*

Estos acontecimientos a que nos hemos referido plantean problemas de gran alcance. En primer lugar demuestran una peligrosa inestabilidad de los regímenes vigentes. Unos centenares de soldados o un grupo decidido de revoltosos puede hacer tambalear a los Gobiernos o liquidarlos, como ha sucedido en Zanzíbar. No existe una autoridad sólidamente arraigada, sino que, por el contrario, todo da allí la sensación de efímero y proteico. En segundo lugar, se advierte inmediatamente una sospechosa sincronización en los motines militares, que se han sucedido en cadena, alegando pretextos idénticos en los tres países. Puede haber ocurrido, sencillamente, que el motín inicial de Tanganyika se haya ofrecido a los militares de los otros dos países como una excelente oportunidad para conseguir una elevación de sus pagas y un rápido ascenso al lograr la expulsión de los oficiales británicos.

No cabe excluir, radicalmente, la hipótesis de que se tratase, efectivamente, de unas reivindicaciones de tipo económico. No obstante, como la técnica adoptada en las tres sublevaciones, que tenían sus escenarios separados por centenares de kilómetros, fué casi idéntica, no es posible, tampoco, descartar la idea de que se tratase de un plan meticulosamente preparado desde el exterior por agitadores comunistas que veían, tras el golpe triunfal de Zanzíbar, una oportunidad magnífica para sembrar el desconcierto en las tres Repúblicas del Africa oriental y crear en ellas Gobiernos afines al de la turbulenta isla, con lo cual habrían conseguido, de hecho, poner pie en la costa oriental del Continente. Con sagaces palabras había prevenido este peligro Obafemi Awolowo: «No hemos arrancado nuestra libertad a un imperialismo para que otro nos la robe.»

Este es el grave riesgo que se presenta para el futuro africano. Sin entrar en discusión, porque no existen antecedentes suficientes para establecer conclusiones serias, sobre si es Moscú o Pekín quien mueve los hilos de estas conjuras africanas, lo que parece cierto es que el Continente puede ver surgir en cualquier momento un Estado declaradamente comunista. Lo que estuvo a punto de suceder en el Congo de Lumumba, y puede suceder ahora con la insurrección de Mulele, lo que parece haber sido abortado en el Africa oriental merced a la diligente presencia británica y al sentido de responsabilidad de los dirigentes africanos, lo que parece haber evitado Nyerere mediante su pacto con Zanzíbar, es algo que pueda reproducirse, con más évito, en algún otro lugar de Africa. ¿Somalia? ¿Congo? ¿Qué otro lugar del inmenso Continente puede iniciar una trayectoria irreversible?

La penetración de las ideologías subversivas cuentan a su favor la falta de una conciencia auténticamente nacional. La idea de nación sigue siendo hoy un concepto que entienden solamente los africanos cultivados, y éstos constituyen una minoría. Entre las multitudes rurales se desconoce el exacto alcance de esta noción. El nacionalismo en Africa ha sido una consecuencia de la destribalización fomentada por el colonialismo. Para las masas que viven en el medio tradicional, la nación es la tribu y la solidaridad clánica es la única que conserva valor.

Resulta, ciertamente, poco confortador que tres Repúblicas surgidas recientemente a la independencia se hayan visto obligadas a recurrir a las tropas «imperialistas» para poder continuar su existencia normal. Esto descubre que, pese a los errores y excesos cometidos, la presencia colonial tuvo

por lo menos la virtud de hacer imperar el orden en territorios perpetuamente ensangrentados por las más enconadas diferencias. A duras penas, con energía o habilidad, las Administraciones coloniales mantuvieron un principio de autoridad que impedía que las tribus se aniquilasen mutuamente en contiendas como las que eran habituales en el Africa precolonial. Hemos visto que la accesión a la independencia ha sido, para muchos de esos Estados, la señal de recomenzar la matanza secular. Es lo que ha ocurrido, y sigue ocurriendo, en el Congo; es el deplorable espectáculo de la carnicería de los wahutu contra los tutsi... Tampoco Uganda, que alcanzó su independencia el 9 de octubre de 1962, se ve libre de esta calamidad, la peor que padecen los nuevos Estados africanos. Ultimamente, en febrero de 1963, más de 70 hombres, mujeres y niños, murieron durante choques en gran escala ocurridos en la región noreste del país cuando la tribu Bamba, ayudada por la Bankonjo, atacaron a la tribu Jie para robarle su ganado. Poco tiempo después, la tribu Pian hizo una incursión en el territorio de la tribu Suk, asesinando a más de cien personas, sin distinción de sexo o edad. Y otro tanto sucede en Kenya, con los encarnizados combates—que han producido centenares de muertos—entre las tropas del Gobierno central y los guerrilleros somalíes del norte del país.

En caso de emergencia, como los motines a que nos venimos refiriendo, las tropas gubernamentales de esos países, ¿pueden actuar con objetividad en esos pleitos internos? Es muy dudoso, porque sus soldados tienen vínculos, raciales o sentimentales, que condicionan su sentido del deber. Para mantener el orden en casos de subversión las tropas deben ser indiferentes a los pleitos que dividen a las poblaciones. Por ello Nyerere ha planteado, en la reunión de febrero de ministros de Asuntos Exteriores de la Organización de Unidad Africana, celebrada en Dar Es Salam, en términos patéticos, la procedencia de la creación de un Ejército panafricano que pudiese acudir a la llamada de los Estados que se viesan amenazados por el desorden. Esta propuesta ha sido acogida sin gran entusiasmo por la mayoría de las delegaciones, aunque Ghana y Mali se sumaron en su apoyo. Para una gran parte de los Estados africanos, la creación de una fuerza militar común sólo puede lograrse cuando existe, previamente, cierto grado de afinidad política, social y económica entre los países que intervienen. Y la realidad es que estos supuestos previos están aún muy lejos de ser alcanzados en el Africa de nuestros días. Es aún prematuro pensar en toda acción unificadora que exceda del plano puramente teórico. Por otra parte, la petición de Nyerere ha des-

pertado recelos porque podría fomentar la imposición de orientaciones que preconizasen algunos Estados que interviniessen en grado sumo en su formación y que han manifestado parcialidad por determinados regímenes. En el pleito del Congo, en sus comienzos, las tropas de Ghana apoyaron abiertamente a Lumumba contra el presidente de la República. Existen preferencias políticas entre los diversos Estados africanos que dejan su huella en toda manifestación de su acción exterior. Actualmente, aquellos que se muestren celosos de su estabilidad no tienen otro recurso que acudir a las tropas de sus antiguas Metrópolis cuando se sienten amenazados. Es el dilema que se le planteó al Gabon y que resolvieron drásticamente las tropas francesas. Esta realidad parece haberla comprendido, también, Nyerere cuando decía, en su discurso ante la Conferencia: «El Ejército de Tanganyka debe ser reorganizado a fondo y es posible que nos veamos obligados a pedir a los ingleses que permanezcan aquí hasta que llevemos a cabo tal reforma.» Después de tantas invectivas anticolonialistas la realidad demuestra que cuanto se ausentan los colonizadores se promueven motines, se hunde la economía, vuelven las epidemias, el hambre y el desorden. Se ha comprobado, a costa de sangre y miseria, que los pueblos deben ser libres e independientes, pero que previamente deben alcanzar la madurez que les permita gozar de su libertad.

Y la gravedad del hecho se acrecienta al comprobar que estos países carecen de homogeneidad y se hallan escindidos, secularmente, en entidades, como las tribus, que atomizan sus poblaciones y dificultan todo sentido de unidad. El censo de 1957 daba a Tanganyka una población de 20.598 europeos, 102.532 asiáticos y 8.665.336 africanos. Siendo un país mayor que la Península Ibérica, la densidad demográfica es, por lo tanto, baja. Pero la población africana se ha duplicado desde 1913 en que registraba sólo 4.063.000 almas. Por otra parte, los africanos se encuentran divididos en 126 tribus, de las cuales la más importante es la Sukuma, que habita el área alrededor del lago Victoria y cuenta con 888.000 individuos. Le siguen en importancia las siguientes tribus: Nyamwezi (326.829 almas), Ha (286.112), Makonde (281.320) y Gogo (278.755). En Uganda, para una población de seis millones de habitantes, existen 13 tribus principales, la mayor de las cuales, la Baganda, sólo constituye el 17 por ciento de la población total. Para complicar más aún la situación, esta tribu, que integra el reino de Buganda, tiene claras tendencias separatistas. Y Kenya está poblada, a su vez, por 41 tribus diversas, cuyos antagonismos son bien conocidos y que se mani-

festaron de forma cruenta durante la insurrección kikuyu, apoyada tan sólo por los Embu y Meru.

La fragmentación tribal se agrava por la presencia de comunidades asiáticas relativamente considerables. Para superar estos factores de disgregación, Nyerere sustentaba la idea del Gobierno multirracial, donde se integrasen representantes de las distintas minorías. Esto no resultaba dificultoso porque los efectivos de esas minorías, como hemos aludido, eran débiles y porque la autoridad y moderación de Nyerere inspiraba garantías de orden y moderación.

En el aspecto internacional, la máxima aspiración de Nyerere consiste en la formación de una extensa Federación Oriental Africana que comprendiese Tanganyka, Uganda, Kenya, Zanzíbar y Pemba, para consolidar la situación económica de esos países. Tanganyka es un país potencialmente rico; es el principal país productor mundial de sisal, cuyas exportaciones suponen 13 millones de libras esterlinas anuales, y obtiene excelentes cosechas de algodón, café, etc. La renta por habitante alcanza los 56 dólares. Podría, pues, ser el núcleo en torno del que, asentado sobre una base económica, se organizase una Federación regional viable. Porque en Tanganyka, como en el resto de Africa, faltan capitales para poner en plena explotación los recursos naturales, y esto puede lograrse, con mayor facilidad, cuando los Estados se agrupan en unidades políticas más extensas. Una Federación amplia y estable, regida con orden, podría atraer capitales extranjeros, principalmente británicos, como ya se ha demostrado, porque Tanganyka estaría hoy en bancarrota si la Gran Bretaña no le hubiese suministrado 20 millones de libras esterlinas durante los dos últimos años.

Para concretar sus ideas federativas, Nyerere había celebrado conversaciones con Kenyatta y Obote a consecuencia de las cuales los tres estadistas habían llegado al acuerdo, el 5 de junio del pasado año, «de establecer una Federación política de Estados africanos orientales antes de que termine el año 1963». En realidad el acuerdo no pasó a vías de hecho, pero cimentaba un entendimiento común que ha sido muy valioso en los graves momentos por que atravesó la región con motivo de los motines militares frente a los cuales los tres gobernantes adoptaron una posición unánime, que contribuyó al fracaso de la rebelión.

Fundamentalmente, los tres estadistas están interesados en eliminar del Africa oriental todo factor de desorden, y en este objetivo sus puntos de vista reflejan una identidad de criterio. El 15 de enero, al haberse producido

la revuelta de Zanzíbar, se reunieron en Nairobi el presidente Nyerere y los jefes de Gobierno Kenyatta y Obote, para examinar la situación creada. El último acontecimiento, el acuerdo Nyerere-Karume de fusión de Tanganyka y Zanzíbar, demuestra la habilidad política del dirigente de Dar Es Salam. La posibilidad de que la antigua isla de las especias y los esclavos se convirtiese en un foco infeccioso para el resto del Continente ha quedado muy disminuída por la rápida acción del presidente de Tanganyka. El Africa joven, por lo menos sus círculos dirigentes, han comprendido las responsabilidades de la nueva hora.

JULIO COLA ALBERICH.

## *CRONOLOGIA*